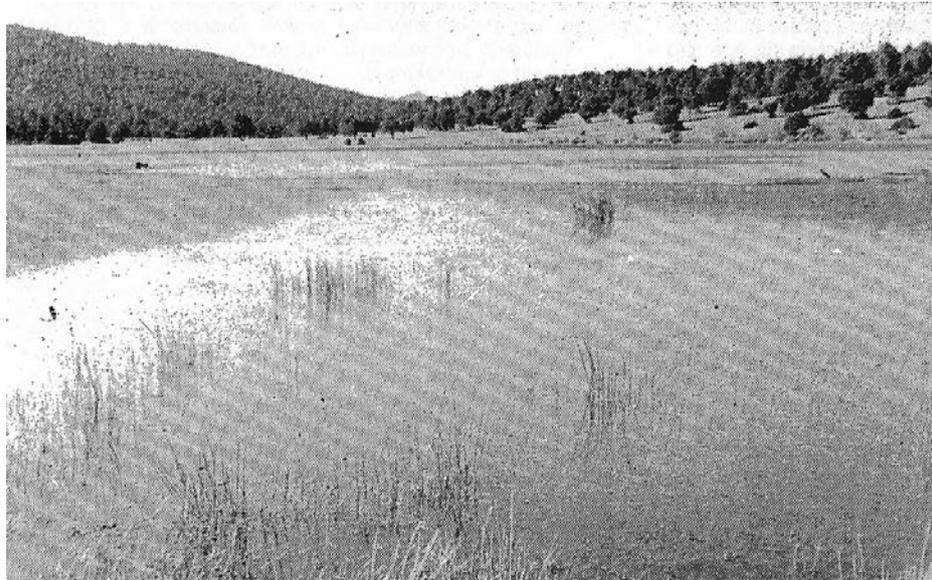


Aguas que se pierden



Laguna de Bezas. Foto: J. Sánchez

Un largo pero agradable paseo matinal de un hermoso día vacacional de la Semana Santa, por estos encantadores paisajes donde ya se siente viva la presencia de la recién estrenada primavera de este prometedor y capicúa año 1991.

Con afán busco gruesas piedras que restaurarán la pasarela que otros han usado antes para atravesar este hermosísimo torrente de la Rambla de la Pasadilla. Al alcance de la mano la meta de esta mañana marcera, la laguna, que aparece ahí mismo con su gran manchón azulado de agua cristalina que se arrulla mansamente y se adorna con penachos de niebla inmaculada.

Mientras miro con deleite los juegos caprichosos de este temporal riachuelo en que se ha convertido esta famosa Rambla de la Pasadilla, me da por pensar en los pasajes de un pequeño pero encantador librito, ambicioso resumen de los sueños del amigo Ricardo Fombuena, que dedicó a esta tierra en el año 1980.

Partía el protagonista del Rincón de Ademuz, para ir encaramándose paso a paso a la sierra de Albarracín, escrutando con su atenta mirada todo lo que contiene el paisaje y echando a su narrativa una gran dosis de pasión y cariño que le honra. Algo sin lo que esta clase de libros perderían su principal interés.

Cuenta el protagonista y viajero Esparza lo siguiente, cuando llega a esta bonita y gran laguna de Bezas, sin que yo pueda adivinar que llegue a la laguna procedente de Bezas o por los caminos que le traen del Rincón de Ademuz, no muy lejano del lugar.

«Encuentra el seco pedregal de una rambla entre los pinos, –sin duda es la Rambla de la Pasadilla–, que le conducirá hasta el agua.»

Y al referirse a la laguna propiamente dicha añade:

«Son aguas de muchas lluvias retenidas y de las fundidas nieves de largos inviernos y que poco a poco se irán filtrando a través de los estratos para surgir allá abajo, por la cuenca del Ebrón.

¿Qué cavernas subterráneas la embalsaman?

Si pudiera seguir a contracorriente el curso de estos acuíferos desde su manantial hasta el embalse de tinieblas, en donde el artífice elemento construye grandiosas fantasías, esculpiendo realidades geológicas, descubriría en sus depósitos sedimentarios inmensas oquedades maravillosas.»

Gracias amigo Fombuena, si llegaras a leerme, por estos piropos que dedicas a nuestras aguas, estas aguas que se pierden.

Me quedo un poco a pensar, aquí en esta tierra que tantas veces he pisado, con el deleitante sonido de estas cantarinas y blancas aguas de la Rambla de la Pasadilla, tan hermosa como hace muchísimos años no se ha visto. Aguas, como dice Esparza jugando a adivino, procedentes de los cercanos neveros del Barranco de la Mora, de la Peña de la Cruz, del Saltillo, con aportes de las Lagunillas, que vierten sus aguas sobrantes mitad para Bezas por esta hermosa pero terrible a veces, Rambla de la Pasadilla, en menor cantidad por los desfiladeros de Dornaque y el resto sigue la ruta de Tormón, como inquietas por llegar antes al Guadalaviar por donde ya es Turia.

Rambla también muy querida y recordada por otras muchas cosas a las que uno en este momento no quiere evadirse. Así no es fácil olvidar cuando nuestras madres y abuelas venían a lavar, santo Dios, hasta aquí, porque sus aguas eran muy apreciadas y dejaban la ropa como los chorros del oro, según ellas, y que yo creo fuera verdad, porque de otro modo no se entiende bien que viniesen a lavar a esta rambla y a este lugar tan distante del pueblo, cuando agua la había y en abundancia por lugares mucho más cercanos y en las mismas fuentes del pueblo.

Luego seguiré el curso de la rambla, de regreso al pueblo, para averiguar algo más que no conozco y que quiero comprobar hoy.

Mientras, con los pies chapoteando por esta inmensa pradera a la que he llegado, que rezuma del preciado líquido como hacía tantísimos

años no se veía, me voy acercando a las orillas de este hermoso lago, jugando con las ranas que han salido a tomar el sol y a mi paso se aprestan a volver al agua de la laguna, dando grandísimos saltos que da gloria ver y que uno no sabe bien si es de susto o de alegría. Al propio tiempo, unos patos grandes que se ven allá a casi un kilómetro en la otra orilla, levantan el vuelo veloces con su aleteo característico y ruidoso como pequeños aviones. Y otros más pequeños y pacíficos, a los que nosotros llamábamos capucetes, se zambullen bajo el agua y desaparecen para salir en el centro de la laguna.

Hace años que yo vengo soñando con lo que podría llegar a ser esta hermosa laguna de Bezas, a poco que se tomaran algunas medidas de protección contra los años de sequía. Que se limpiasen bien las acequias de entrada de agua procedente del prado, que antes se aprovechaban también como drenaje de los cercanos campos, hoy casi abandonados en su totalidad. Que se hiciesen nuevas acequias y ver la posibilidad de tomar las aguas que alimentan a la Rambla de la Pasadilla, aprovechando las nieves del invierno y las tormentas del verano.

No costaría mucho hacer esos trabajos. Pero claro, la función de la laguna no es hoy la misma que antaño, cuando los agricultores y ganaderos eran sus principales tributarios, porque también recogían sus múltiples beneficios y era justo y natural que se preocuparan, como lo hacían los laguneros habitantes allí en las casas que tenían abiertas permanentemente.

Hoy siguen necesitándose tanto o más estos grandes depósitos de agua, en lugares tan áridos y calurosos, como inapreciables reguladores de la ecología y como animadores del turismo que por aquí viene y que encuentra esta laguna en un lugar inesperado. Por todo esto la conservación de la laguna siempre llena no solamente es cuestión del pueblo de Bezas, sino de organismos provinciales o regionales que deben velar por estos bienes naturales.

Pero hay que volver, porque la mañana ya anda avanzada. Y después de contemplar una vez más este gran cuenco natural, mitad agua mitad pradera poblada de pinos resineros y hermosísimas sabinas centenarias, me lanzo animado ladera abajo, donde tocaré la nieve ya un poco rancia de un ribazo de la umbría, y rambla abajo camino llevando conmigo estas limpias aguas, que parece me siguen y yo a ellas, con su suave rumor de cantos rodados y espuma en los recodos y pequeños saltos naturales, con sus curiosas bifurcaciones que forman pequeñas isletas llenas de jóvenes pinochos, biércoles floridos llenos de abejas de no se sabe dónde. Estas mismas aguas forman allá arriba, en la fuente

del Saltillo, una hermosa cascada, que este año dicen que es digna de verse; pero ahora ya no tengo tiempo, será en otra ocasión, porque tengo ganas.

Por aquí abajo, frente a los corrales de la Pasadilla que tanto saben de ganados, aventuras y romances pastoriles, ya no supone problema alguno cruzar la rambla. Sus aguas, en franca rémora, comienzan a perderse en las simas y paso al lado izquierdo dejando los pinos por una orografía que cambia totalmente las formas, pues mientras en el lado derecho abundan los pinos, en el izquierdo abundan las sabinas, la pudia, el enebro y aliagas, muchísimas aliagas floridas o a punto de florecer, algunas carrascas y quejigos, entre roquedales calizos que delimitan el territorio.

Estoy a punto de descubrir lo que he venido a buscar. Al final de los pinos, pasados los corrales, el agua se va parando impotente de seguir adelante; se desparrama mansamente, se torna perezosa y se deja engullir hasta desaparecer del todo tragada por mil simas traicioneras que no la dejan seguir.

He presenciado sin casi darme cuenta este curioso fenómeno absolutamente natural. Las simas existentes en estos lugares, cuyas bocas no asoman a la superficie, se tragan las aguas, «hacia las profundas cavernas» que intuía inspiradamente el amigo Fombuena, desconocedor absoluto de la singularidad de esta rambla.

Aguas, no se sabe si traicioneras, cobardes o impotentes, que abandonan estas humildes y resacas tierras; donde parece que jamás nadie intentó retenerlas en sus comienzos y darles algún destino fructífero aquí, marchándose hacia otras latitudes mucho más ricas. Como si les diera vergüenza de llegar hasta el pueblo y que tan solo lo hacen cuando no pueden contener sus bríos y su furia, como si de un reproche o gesto arrogante se tratara.

Dando traspies y algún que otro resbalón que me hace lanzar alguna palabrota y mirar a mi alrededor por si alguien me ha escuchado, voy abandonando el angosto desfiladero de la rambla, por aquí ya casi seca y solo con charcos de pequeños aportes y aparezco ahí mismo a unos cientos de metros de las primeras casas del pueblo, que resplandece con este claro sol de mediodía.

Ya no me sigue el agua de la rambla y camino por su cauce. Solo un fino hilillo se atreve a llegar al Puente Viejo procedente del manantial de la Tejería y logra abrazarse a este viejo regajo tan encantador, que lleva una considerable cantidad de agua y que nos hace soñar con otros tiempos.

Abundantísima hierba, juncos, flores, ciruelos que empiezan a mover; unos almendros llenos de flor. Se disfruta a tope en esta minúscula ribera asilvestrada, de lo que un día no muy lejano fueron hermosos aunque pequeños huertos que los bezanos cuidábamos como si de jardines se tratase.

Ahí en el pueblo retumban claros y abundantes los gritos de estos chicos hijos de emigrantes que han vuelto un año más al pueblo en sus vacaciones de Semana Santa.

Puente Viejo, del que tantos recuerdos guardo. Hoy no quiero pasar por tus viejos tablones. Lo hago entre zarzas y abundantes sargas y a mi paso salen disparados dos gatos cazadores, uno de ellos con una rana o topillo entre sus fauces, que atraviesan el charco y se lanzan en veloz carrera hacia las casas. Curioso y raro caso, pues yo no había visto jamás que los gatos de mi pueblo cazasen ranas o topillos en el regajo, tan expuestos al remojón del que siempre huyen. El hambre les ha hecho cambiar de dieta. El azote de la emigración les va haciendo que cada vez sean más, se vayan convirtiendo poco a poco en los señores del pueblo, aprendiendo nuevos hábitos de vida.

Ha terminado mi paseo de hoy. He descubierto por fin donde las aguas se pierden. Aguas que bien podían ser retenidas en la cantidad precisa para deleite de quien las contemplara. Curioso destino.